

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

PRECIOS DE LA SUSCRICION

CON SUPLEMENTOS
Semanal de ciencias literarias y artes
y mensual de modas dibujos y labores
EN MADRID, ED. DE LA MAÑANA, UNA **PTA.**
EN PROV. Y PORTUGAL, 5 PTA. TRIMESTRE
EXTRANJERO Y ULTRAMAR, 12 PTA. TRIM.
PUNTO ÚNICO DE SUSCRICION
MADRID, FACTOR, NUM. 7.

DIARIO UNIVERSAL DE NOTICIAS
ECO IMPARCIAL DE LA OPINION Y DE LA PRENSA

LA EDICION DE LA MAÑANA A CUATRO REALES EN MADRID, A DOMICILIO

AÑO XLII. ÚN 1252

TERCERA EDICION

Madrid, Martes 14 de Julio de 1891

DE LA NOCHE

OFICINAS FACTOR

PRECIO DE LOS ANUNCIOS
UNA PESETA LINEA
Los anuncios de: "plano, reclamos, etc. Anuncios
referen a Bancos y Sociedades, a precio convencio
Se reciben exclusivamente en esta administracion
en las oficinas de la Sociedad General de Anun
cios, ALCALA, 6 y 8, entresuelo.
PRECIO DE LA VENTA
Por menor: 5 céntimos
Por mayor: 90 céntimos 30 números.

CINTURONES DE SEDA
ULTIMA NOVEDAD

CAMISERIA DE HERNANDO
CARRERA DE S. JERONIMO, 13.

MUEBLES, TAPIERIA
Y GOLGADURAS
A. VALLEJO
29 ALCALA 29 Próximo a las Calatravas
TELEFONO 911

¿TIENE V.D. SED?

Para apagarla usar la siguiente formula.
Un vaso de agua.
Una terna de azúcar.
Una copa de PUM!
Exigir la verdadera marca y rechazar todo tarro que
no lleve en el cuello la etiqueta y precio de E. LA-
MOLLA.

CORTES DE VESTIDOS PARA SEÑORA, VARIAS
Clases, desde 10 ptas. Rodriguez, P. del Angel, 6.

NAPOLEON FOTOGRAFO
PRINCIPE, 14.
ESPECIALIDAD EN REPRODUCCIONES
ampliadas y en retratos de niños. Medalla de oro.

POSESION DE RECRO, SE VENDE.
Carretera de la estación de Pozuelo, bonito hotel amue-
blado, billar, cochera, estufa, lavadero, jardín, huerto,
bosque, etc. Razon, Caños, 6, libreria.

HISTORIAS VERDADERAS EN FORMA DE NOVELA

LOS DESAMPARADOS.

Una circunstancia especial, que no es
pertinente mencionar, me obligó a visi-
tar detenidamente el real sitio de El Par-
do, lugar de recuerdos históricos que
vengo recogiendo con prolífica diligencia
para las futuras labores que me entre-
tengan y deleitan en los momentos de mi
trabajo a solas. ¡Ojalá! No la he
conocido, ni la he conocido, aun cuando de-
searía que estos setenta años cumplidos
fueran acompañados de aquel reposo natu-
ral que alienta y convoca a nuevas y vo-
luntarias tareas. Pero atemos el hilo in-
terumpido de mi narración.

Embebido me encontraba en la elabo-
ración de mis investigaciones, cuando se
acercó a mi lado un rapazuelo, que con-
taría unos cuatro años de edad, robusto,
coloradote, no mal trajeado y con aque-
lla infantil sonrisa que pinta la inocen-
cia en estos angeles que pueblan la tier-
ra para ensayarse en venideros desabrim-
ientos, que es el fruto que se recoge
apenas comienza el periodo de la razon.

Yo, que siempre he mirado a los niños
con amor, y los he considerado como
amigos verdaderos, porque no alberga
todavía en estos seres ni la hipocresia ni
la mentira, al verle tan risueño le pre-
gunté:

—¿Cómo te llamas?
Y me respondió con prontitud y con
acento alegre:
—Perico.

Contestación tan espontánea y tan lle-
na de expresion adivo en mi ánimo el de-
seo de una conferencia, y standome
sobre una enorme piedra no distante del
lugar de la inopinada entrevista, invité
al rapaz a que me acompañase y tomé de

sus manos un pequeño fusil que llevaba.
Examiné el arma con algun detenimien-
to y observé que era un juguete de ex-
traordinaria perfeccion, costoso y por las
cifras que apuntaba el cañon cerca de su
recedamara comprendi que habia sido fa-
bricado en pais extranjero. Me pareció
que el atributo no armonizaba con el as-
pecto exterior del niño campesino, y de-
seoso de investigar la causa de esta des-
igualdad le pregunté:

—¿Quién te ha comprado este fusil?
Y me respondió:
—El rey.

«¿Cascaras!—exclamé para mis aden-
tos—esto pica en (historia) y como soy
tan inclinado a estos escondidos manejos,
me propuse entrar en serias inquisicio-
nes, a pesar de la corta edad del narra-
dor.

—¿Quién es tu padre?—le pregunté.
—Yo no tengo padre ni madre,—me
respondió el rapaz.

Nueva confusion para mí. Un niño sin
padre ni madre y poseedor de un fusil
tan costoso, como perteneciente nada
menos que a un rey.

En esto se oyeron las voces de una mu-
jer campesina que llamaba a Perico con
insistencia, la cual se aproximó, me sa-
ludó respetuosamente y dijo al chico:
—¿Qué haces ahí, importunando a ese
caballero?

—No me importa—contesté al mo-
mento—antes por el contrario, esper-
miento placer con su inocente conversa-
cion.

Y repuso la almeha:
—Es tan entrometido y tan charlatan.
—Eso indica que es sociable y comuni-
cación,—re usé.

Y deseoso de satisfacer mi curiosidad,
añadí:

—Me estaba enseñando su fusil, y al
preguntarle que quién se lo habia com-
prado, me ha respondido que el rey.

La aldeana soltó una carcajada y con-
testó:

—Los niños y los locos dicen las ver-
dades. Con efecto, ese fusil ha pertene-
cido a S. M. D. Alfonso XIII, y su augus-
ta madre doña Maria Cristina se lo ha
regalado a este pobrecito huérfano para
su recreo, porque dice que quiere ser mi-
litar.

Esta respuesta fué nuevo estímulo a
mi curiosidad. Vi en estas frases el pre-
ludio de una historia, y protestando un
momento de desconfianza, le dije que me
llevó a su modesta vivienda, me ofreció
una silla y me senté en el zaguán. Supe
por esta mujer hospitalaria, que un ma-
rido era el catáctico guardas del real
sitio y que en aquellos momentos se ocu-
paba en su diaria requisición. Entramos
en diálogo detenido, hasta que llegó al
punto por mi codiciado, que era el de sa-
ber la historia del huérfano agasajado
por la ilustre madre del rey.

La aldeana fué condescendiente y me
refirió la historia, que fué del tenor si-
guiente:

ha. Prestó sus servicios en la isla hasta
llegar al empleo de capitán, y hallando-
se en esta situación, conoció y requirió
de amor a una joven cubana hermosa
y con una buena fortuna, y con esta da-
ma contrajo matrimonio.

Sin embargo, los azares políticos y la
guerra, que brantaron el bi-nestar de este
matrimonio del cual nacieron cuatro
hijos. La enfermedad del capitán con-
traída en el servicio de las armas y el
clima, le obligó a pedir licencia para re-
gresar a la Península y buscar en ella el
reestablecimiento de su salud.

Llegaron los consortes a Madrid, y na-
ció el niño que conocía mis lactotes con
el nombre de Perico y dueño del fusil.
Acrecieron los quebrantos con la escasez
de recursos y la tenaz y ya mortal
enfermedad de D. Dionisio del Amo, y a
tal extremo llegó el infortunio de esta
desgraciada familia, que no hubo más
remedio que solicitar para el doliente
una plaza en el Hospital Militar, a donde
acudió también la esposa, cuyo nombre
no ha llegado a mi noticia, acompañada
de sus cuatro hijos menores y el de pe-
cho llamado Perico, que a la sazón ali-
mentaba en su seno la pobre madre.

Sin hogar, sin muebles, desnudos, mo-
raban la esposa y sus hijos en el cuarto
del enfermo presencian o las angustias
del pobre capitán, cuya sentencia de
muerte estaba ya decretada reservada-
mente por los médicos a la desvalida en-
fermera.

Esta virtuosa mujer, viendo la escasez
de ropas que tenía su familia, y que las
de cama que suministraba al hospital,
no eran suficientes para las contadas
necesidades que exigía la calidad desada
de la enfermedad de su marido, hacia un
envolvitorio general con las ropas de su
marido, las suyas y las de sus hijos, y
aquella mujer, que habia lucido en Cuba
sus brillantes y sus pomposos trajes en
salones y conciertos, se aderezaba con
un pobre vestido de peral y un pañuelo
en la cabeza, y se encaminaba al río como
la más humilde lavandera y regresa-
ba por la noche al hospital para atender
a la limpieza de su esposo y al equipo de
sus desnudos hijos.

Así estuvo esta mártir dos meses y
medio soportando la desgracia, alimen-
tándose ella y sus hijos con los residuos
de los caldos y sopas que suministraban
al enfermo y algunos obsequios que ha-
cían los enfermeros y otras familias de
los enfermos. El marido que presenciaba
estas escenas desgarradoras, pedía a gritos
la muerte, rayando a veces en la de-
sesperacion. La mujer, siempre resignada
y piadosa, dulcificaba la exasperacion
del esposo con sus consuelos y dán-
dole ejemplos continuados de su cristia-
na resignacion.

Llegó al fin para el capitán del Amo la
hora fatal y espiró en los brazos de su
carifosa esposa en presencia del capellán
que le auxiliaba y de los cuatro pe-
queños que escuchaban arrodillados las
exhortaciones del sacerdote.

ha. Prestó sus servicios en la isla hasta
llegar al empleo de capitán, y hallando-
se en esta situación, conoció y requirió
de amor a una joven cubana hermosa
y con una buena fortuna, y con esta da-
ma contrajo matrimonio.

Sin embargo, los azares políticos y la
guerra, que brantaron el bi-nestar de este
matrimonio del cual nacieron cuatro
hijos. La enfermedad del capitán con-
traída en el servicio de las armas y el
clima, le obligó a pedir licencia para re-
gresar a la Península y buscar en ella el
reestablecimiento de su salud.

Llegaron los consortes a Madrid, y na-
ció el niño que conocía mis lactotes con
el nombre de Perico y dueño del fusil.
Acrecieron los quebrantos con la escasez
de recursos y la tenaz y ya mortal
enfermedad de D. Dionisio del Amo, y a
tal extremo llegó el infortunio de esta
desgraciada familia, que no hubo más
remedio que solicitar para el doliente
una plaza en el Hospital Militar, a donde
acudió también la esposa, cuyo nombre
no ha llegado a mi noticia, acompañada
de sus cuatro hijos menores y el de pe-
cho llamado Perico, que a la sazón ali-
mentaba en su seno la pobre madre.

Sin hogar, sin muebles, desnudos, mo-
raban la esposa y sus hijos en el cuarto
del enfermo presencian o las angustias
del pobre capitán, cuya sentencia de
muerte estaba ya decretada reservada-
mente por los médicos a la desvalida en-
fermera.

Esta virtuosa mujer, viendo la escasez
de ropas que tenía su familia, y que las
de cama que suministraba al hospital,
no eran suficientes para las contadas
necesidades que exigía la calidad desada
de la enfermedad de su marido, hacia un
envolvitorio general con las ropas de su
marido, las suyas y las de sus hijos, y
aquella mujer, que habia lucido en Cuba
sus brillantes y sus pomposos trajes en
salones y conciertos, se aderezaba con
un pobre vestido de peral y un pañuelo
en la cabeza, y se encaminaba al río como
la más humilde lavandera y regresa-
ba por la noche al hospital para atender
a la limpieza de su esposo y al equipo de
sus desnudos hijos.

Así estuvo esta mártir dos meses y
medio soportando la desgracia, alimen-
tándose ella y sus hijos con los residuos
de los caldos y sopas que suministraban
al enfermo y algunos obsequios que ha-
cían los enfermeros y otras familias de
los enfermos. El marido que presenciaba
estas escenas desgarradoras, pedía a gritos
la muerte, rayando a veces en la de-
sesperacion. La mujer, siempre resignada
y piadosa, dulcificaba la exasperacion
del esposo con sus consuelos y dán-
dole ejemplos continuados de su cristia-
na resignacion.

Llegó al fin para el capitán del Amo la
hora fatal y espiró en los brazos de su
carifosa esposa en presencia del capellán
que le auxiliaba y de los cuatro pe-
queños que escuchaban arrodillados las
exhortaciones del sacerdote.

ha. Prestó sus servicios en la isla hasta
llegar al empleo de capitán, y hallando-
se en esta situación, conoció y requirió
de amor a una joven cubana hermosa
y con una buena fortuna, y con esta da-
ma contrajo matrimonio.

Sin embargo, los azares políticos y la
guerra, que brantaron el bi-nestar de este
matrimonio del cual nacieron cuatro
hijos. La enfermedad del capitán con-
traída en el servicio de las armas y el
clima, le obligó a pedir licencia para re-
gresar a la Península y buscar en ella el
reestablecimiento de su salud.

Llegaron los consortes a Madrid, y na-
ció el niño que conocía mis lactotes con
el nombre de Perico y dueño del fusil.
Acrecieron los quebrantos con la escasez
de recursos y la tenaz y ya mortal
enfermedad de D. Dionisio del Amo, y a
tal extremo llegó el infortunio de esta
desgraciada familia, que no hubo más
remedio que solicitar para el doliente
una plaza en el Hospital Militar, a donde
acudió también la esposa, cuyo nombre
no ha llegado a mi noticia, acompañada
de sus cuatro hijos menores y el de pe-
cho llamado Perico, que a la sazón ali-
mentaba en su seno la pobre madre.

Sin hogar, sin muebles, desnudos, mo-
raban la esposa y sus hijos en el cuarto
del enfermo presencian o las angustias
del pobre capitán, cuya sentencia de
muerte estaba ya decretada reservada-
mente por los médicos a la desvalida en-
fermera.

Esta virtuosa mujer, viendo la escasez
de ropas que tenía su familia, y que las
de cama que suministraba al hospital,
no eran suficientes para las contadas
necesidades que exigía la calidad desada
de la enfermedad de su marido, hacia un
envolvitorio general con las ropas de su
marido, las suyas y las de sus hijos, y
aquella mujer, que habia lucido en Cuba
sus brillantes y sus pomposos trajes en
salones y conciertos, se aderezaba con
un pobre vestido de peral y un pañuelo
en la cabeza, y se encaminaba al río como
la más humilde lavandera y regresa-
ba por la noche al hospital para atender
a la limpieza de su esposo y al equipo de
sus desnudos hijos.

Así estuvo esta mártir dos meses y
medio soportando la desgracia, alimen-
tándose ella y sus hijos con los residuos
de los caldos y sopas que suministraban
al enfermo y algunos obsequios que ha-
cían los enfermeros y otras familias de
los enfermos. El marido que presenciaba
estas escenas desgarradoras, pedía a gritos
la muerte, rayando a veces en la de-
sesperacion. La mujer, siempre resignada
y piadosa, dulcificaba la exasperacion
del esposo con sus consuelos y dán-
dole ejemplos continuados de su cristia-
na resignacion.

Llegó al fin para el capitán del Amo la
hora fatal y espiró en los brazos de su
carifosa esposa en presencia del capellán
que le auxiliaba y de los cuatro pe-
queños que escuchaban arrodillados las
exhortaciones del sacerdote.

ha. Prestó sus servicios en la isla hasta
llegar al empleo de capitán, y hallando-
se en esta situación, conoció y requirió
de amor a una joven cubana hermosa
y con una buena fortuna, y con esta da-
ma contrajo matrimonio.

Sin embargo, los azares políticos y la
guerra, que brantaron el bi-nestar de este
matrimonio del cual nacieron cuatro
hijos. La enfermedad del capitán con-
traída en el servicio de las armas y el
clima, le obligó a pedir licencia para re-
gresar a la Península y buscar en ella el
reestablecimiento de su salud.

Llegaron los consortes a Madrid, y na-
ció el niño que conocía mis lactotes con
el nombre de Perico y dueño del fusil.
Acrecieron los quebrantos con la escasez
de recursos y la tenaz y ya mortal
enfermedad de D. Dionisio del Amo, y a
tal extremo llegó el infortunio de esta
desgraciada familia, que no hubo más
remedio que solicitar para el doliente
una plaza en el Hospital Militar, a donde
acudió también la esposa, cuyo nombre
no ha llegado a mi noticia, acompañada
de sus cuatro hijos menores y el de pe-
cho llamado Perico, que a la sazón ali-
mentaba en su seno la pobre madre.

Sin hogar, sin muebles, desnudos, mo-
raban la esposa y sus hijos en el cuarto
del enfermo presencian o las angustias
del pobre capitán, cuya sentencia de
muerte estaba ya decretada reservada-
mente por los médicos a la desvalida en-
fermera.

Esta virtuosa mujer, viendo la escasez
de ropas que tenía su familia, y que las
de cama que suministraba al hospital,
no eran suficientes para las contadas
necesidades que exigía la calidad desada
de la enfermedad de su marido, hacia un
envolvitorio general con las ropas de su
marido, las suyas y las de sus hijos, y
aquella mujer, que habia lucido en Cuba
sus brillantes y sus pomposos trajes en
salones y conciertos, se aderezaba con
un pobre vestido de peral y un pañuelo
en la cabeza, y se encaminaba al río como
la más humilde lavandera y regresa-
ba por la noche al hospital para atender
a la limpieza de su esposo y al equipo de
sus desnudos hijos.

Así estuvo esta mártir dos meses y
medio soportando la desgracia, alimen-
tándose ella y sus hijos con los residuos
de los caldos y sopas que suministraban
al enfermo y algunos obsequios que ha-
cían los enfermeros y otras familias de
los enfermos. El marido que presenciaba
estas escenas desgarradoras, pedía a gritos
la muerte, rayando a veces en la de-
sesperacion. La mujer, siempre resignada
y piadosa, dulcificaba la exasperacion
del esposo con sus consuelos y dán-
dole ejemplos continuados de su cristia-
na resignacion.

Llegó al fin para el capitán del Amo la
hora fatal y espiró en los brazos de su
carifosa esposa en presencia del capellán
que le auxiliaba y de los cuatro pe-
queños que escuchaban arrodillados las
exhortaciones del sacerdote.

ha. Prestó sus servicios en la isla hasta
llegar al empleo de capitán, y hallando-
se en esta situación, conoció y requirió
de amor a una joven cubana hermosa
y con una buena fortuna, y con esta da-
ma contrajo matrimonio.

Sin embargo, los azares políticos y la
guerra, que brantaron el bi-nestar de este
matrimonio del cual nacieron cuatro
hijos. La enfermedad del capitán con-
traída en el servicio de las armas y el
clima, le obligó a pedir licencia para re-
gresar a la Península y buscar en ella el
reestablecimiento de su salud.

Llegaron los consortes a Madrid, y na-
ció el niño que conocía mis lactotes con
el nombre de Perico y dueño del fusil.
Acrecieron los quebrantos con la escasez
de recursos y la tenaz y ya mortal
enfermedad de D. Dionisio del Amo, y a
tal extremo llegó el infortunio de esta
desgraciada familia, que no hubo más
remedio que solicitar para el doliente
una plaza en el Hospital Militar, a donde
acudió también la esposa, cuyo nombre
no ha llegado a mi noticia, acompañada
de sus cuatro hijos menores y el de pe-
cho llamado Perico, que a la sazón ali-
mentaba en su seno la pobre madre.

Sin hogar, sin muebles, desnudos, mo-
raban la esposa y sus hijos en el cuarto
del enfermo presencian o las angustias
del pobre capitán, cuya sentencia de
muerte estaba ya decretada reservada-
mente por los médicos a la desvalida en-
fermera.

Esta virtuosa mujer, viendo la escasez
de ropas que tenía su familia, y que las
de cama que suministraba al hospital,
no eran suficientes para las contadas
necesidades que exigía la calidad desada
de la enfermedad de su marido, hacia un
envolvitorio general con las ropas de su
marido, las suyas y las de sus hijos, y
aquella mujer, que habia lucido en Cuba
sus brillantes y sus pomposos trajes en
salones y conciertos, se aderezaba con
un pobre vestido de peral y un pañuelo
en la cabeza, y se encaminaba al río como
la más humilde lavandera y regresa-
ba por la noche al hospital para atender
a la limpieza de su esposo y al equipo de
sus desnudos hijos.

Así estuvo esta mártir dos meses y
medio soportando la desgracia, alimen-
tándose ella y sus hijos con los residuos
de los caldos y sopas que suministraban
al enfermo y algunos obsequios que ha-
cían los enfermeros y otras familias de
los enfermos. El marido que presenciaba
estas escenas desgarradoras, pedía a gritos
la muerte, rayando a veces en la de-
sesperacion. La mujer, siempre resignada
y piadosa, dulcificaba la exasperacion
del esposo con sus consuelos y dán-
dole ejemplos continuados de su cristia-
na resignacion.

Llegó al fin para el capitán del Amo la
hora fatal y espiró en los brazos de su
carifosa esposa en presencia del capellán
que le auxiliaba y de los cuatro pe-
queños que escuchaban arrodillados las
exhortaciones del sacerdote.

ha. Prestó sus servicios en la isla hasta
llegar al empleo de capitán, y hallando-
se en esta situación, conoció y requirió
de amor a una joven cubana hermosa
y con una buena fortuna, y con esta da-
ma contrajo matrimonio.

Sin embargo, los azares políticos y la
guerra, que brantaron el bi-nestar de este
matrimonio del cual nacieron cuatro
hijos. La enfermedad del capitán con-
traída en el servicio de las armas y el
clima, le obligó a pedir licencia para re-
gresar a la Península y buscar en ella el
reestablecimiento de su salud.

Llegaron los consortes a Madrid, y na-
ció el niño que conocía mis lactotes con
el nombre de Perico y dueño del fusil.
Acrecieron los quebrantos con la escasez
de recursos y la tenaz y ya mortal
enfermedad de D. Dionisio del Amo, y a
tal extremo llegó el infortunio de esta
desgraciada familia, que no hubo más
remedio que solicitar para el doliente
una plaza en el Hospital Militar, a donde
acudió también la esposa, cuyo nombre
no ha llegado a mi noticia, acompañada
de sus cuatro hijos menores y el de pe-
cho llamado Perico, que a la sazón ali-
mentaba en su seno la pobre madre.

Sin hogar, sin muebles, desnudos, mo-
raban la esposa y sus hijos en el cuarto
del enfermo presencian o las angustias
del pobre capitán, cuya sentencia de
muerte estaba ya decretada reservada-
mente por los médicos a la desvalida en-
fermera.

Esta virtuosa mujer, viendo la escasez
de ropas que tenía su familia, y que las
de cama que suministraba al hospital,
no eran suficientes para las contadas
necesidades que exigía la calidad desada
de la enfermedad de su marido, hacia un
envolvitorio general con las ropas de su
marido, las suyas y las de sus hijos, y
aquella mujer, que habia lucido en Cuba
sus brillantes y sus pomposos trajes en
salones y conciertos, se aderezaba con
un pobre vestido de peral y un pañuelo
en la cabeza, y se encaminaba al río como
la más humilde lavandera y regresa-
ba por la noche al hospital para atender
a la limpieza de su esposo y al equipo de
sus desnudos hijos.

Así estuvo esta mártir dos meses y
medio soportando la desgracia, alimen-
tándose ella y sus hijos con los residuos
de los caldos y sopas que suministraban
al enfermo y algunos obsequios que ha-
cían los enfermeros y otras familias de
los enfermos. El marido que presenciaba
estas escenas desgarradoras, pedía a gritos
la muerte, rayando a veces en la de-
sesperacion. La mujer, siempre resignada
y piadosa, dulcificaba la exasperacion
del esposo con sus consuelos y dán-
dole ejemplos continuados de su cristia-
na resignacion.

Llegó al fin para el capitán del Amo la
hora fatal y espiró en los brazos de su
carifosa esposa en presencia del capellán
que le auxiliaba y de los cuatro pe-
queños que escuchaban arrodillados las
exhortaciones del sacerdote.

ha. Prestó sus servicios en la isla hasta
llegar al empleo de capitán, y hallando-
se en esta situación, conoció y requirió
de amor a una joven cubana hermosa
y con una buena fortuna, y con esta da-
ma contrajo matrimonio.

Sin embargo, los azares políticos y la
guerra, que brantaron el bi-nestar de este
matrimonio del cual nacieron cuatro
hijos. La enfermedad del capitán con-
traída en el servicio de las armas y el
clima, le obligó a pedir licencia para re-
gresar a la Península y buscar en ella el
reestablecimiento de su salud.

Llegaron los consortes a Madrid, y na-
ció el niño que conocía mis lactotes con
el nombre de Perico y dueño del fusil.
Acrecieron los quebrantos con la escasez
de recursos y la tenaz y ya mortal
enfermedad de D. Dionisio del Amo, y a
tal extremo llegó el infortunio de esta
desgraciada familia, que no hubo más
remedio que solicitar para el doliente
una plaza en el Hospital Militar, a donde
acudió también la esposa, cuyo nombre
no ha llegado a mi noticia, acompañada
de sus cuatro hijos menores y el de pe-
cho llamado Perico, que a la sazón ali-
mentaba en su seno la pobre madre.

Sin hogar, sin muebles, desnudos, mo-
raban la esposa y sus hijos en el cuarto
del enfermo presencian o las angustias
del pobre capitán, cuya sentencia de
muerte estaba ya decretada reservada-
mente por los médicos a la desvalida en-
fermera.

Esta virtuosa mujer, viendo la escasez
de ropas que tenía su familia, y que las
de cama que suministraba al hospital,
no eran suficientes para las contadas
necesidades que exigía la calidad desada
de la enfermedad de su marido, hacia un
envolvitorio general con las ropas de su
marido, las suyas y las de sus hijos, y
aquella mujer, que habia lucido en Cuba
sus brillantes y sus pomposos trajes en
salones y conciertos, se aderezaba con
un pobre vestido de peral y un pañuelo
en la cabeza, y se encaminaba al río como
la más humilde lavandera y regresa-
ba por la noche al hospital para atender
a la limpieza de su esposo y al equipo de
sus desnudos hijos.

Así estuvo esta mártir dos meses y
medio soportando la desgracia, alimen-
tándose ella y sus hijos con los residuos
de los caldos y sopas que suministraban
al enfermo y algunos obsequios que ha-
cían los enfermeros y otras familias de
los enfermos. El marido que presenciaba
estas escenas desgarradoras, pedía a gritos
la muerte, rayando a veces en la de-
sesperacion. La mujer, siempre resignada
y piadosa, dulcificaba la exasperacion
del esposo con sus consuelos y dán-
dole ejemplos continuados de su cristia-
na resignacion.

Llegó al fin para el capitán del Amo la
hora fatal y espiró en los brazos de su
carifosa esposa en presencia del capellán
que le auxiliaba y de los cuatro pe-
queños que escuchaban arrodillados las
exhortaciones del sacerdote.

ha. Prestó sus servicios en la isla hasta
llegar al empleo de capitán, y hallando-
se en esta situación, conoció y requirió
de amor a una joven cubana hermosa
y con una buena fortuna, y con esta da-
ma contrajo matrimonio.

Sin embargo, los azares políticos y la
guerra, que brantaron el bi-nestar de este
matrimonio del cual nacieron cuatro
hijos. La enfermedad del capitán con-
traída en el servicio de las armas y el
clima, le obligó a pedir licencia para re-
gresar a la Península y buscar en ella el
reestablecimiento de su salud.

Llegaron los consortes a Madrid, y na-
ció el niño que conocía mis lactotes con
el nombre de Perico y dueño del fusil.
Acrecieron los quebrantos con la escasez
de recursos y la tenaz y ya mortal
enfermedad de D. Dionisio del Amo, y a
tal extremo llegó el infortunio de esta
desgraciada familia, que no hubo más
remedio que solicitar para el doliente
una plaza en el Hospital Militar, a donde
acudió también la esposa, cuyo nombre
no ha llegado a mi noticia, acompañada
de sus cuatro hijos menores y el de pe-
cho llamado Perico, que a la sazón ali-
mentaba en su seno la pobre madre.

Sin hogar, sin muebles, desnudos, mo-
raban la esposa y sus hijos en el cuarto
del enfermo presencian o las angustias
del pobre capitán, cuya sentencia de
muerte estaba ya decretada reservada-
mente por los médicos a la desvalida en-
fermera.

Esta virtuosa mujer, viendo la escasez
de ropas que tenía su familia, y que las
de cama que suministraba al hospital,
no eran suficientes para las contadas
necesidades que exigía la calidad desada
de la enfermedad de su marido, hacia un
envolvitorio general con las ropas de su
marido, las suyas y las de sus hijos, y
aquella mujer, que habia lucido en Cuba
sus brillantes y sus pomposos trajes en
salones y conciertos, se aderezaba con
un pobre vestido de peral y un pañuelo
en la cabeza, y se encaminaba al río como
la más humilde lavandera y regresa-
ba por la noche al hospital para atender
a la limpieza de su esposo y al equipo de
sus desnudos hijos.

Así estuvo esta mártir dos meses y
medio soportando la desgracia, alimen-
tándose ella y sus hijos con los residuos
de los caldos y sopas que suministraban
al enfermo y algunos obsequios que ha-
cían los enfermeros y otras familias de
los enfermos. El marido que presenciaba
estas escenas desgarradoras, pedía a gritos
la muerte, rayando a veces en la de-
sesperacion. La mujer, siempre resignada
y piadosa, dulcificaba la exasperacion
del esposo con sus consuelos y dán-
dole ejemplos continuados de su cristia-
na resignacion.

Llegó al fin para el capitán del Amo la
hora fatal y espiró en los brazos de su
carifosa esposa en presencia del capellán
que le auxiliaba y de los cuatro pe-
queños que escuchaban arrodillados las
exhortaciones del sacerdote.

ha. Prestó sus servicios en la isla hasta
llegar al empleo de capitán, y hallando-
se en esta situación, conoció y requirió
de amor a una joven cubana hermosa
y con una buena fortuna, y con esta da-
ma contrajo matrimonio.

Sin embargo, los azares políticos y la
guerra, que brantaron el bi-nestar de este
matrimonio del cual nacieron cuatro
hijos. La enfermedad del capitán con-
traída en el servicio de las armas y el
clima, le obligó a pedir licencia para re-
gresar a la Península y buscar en ella el
reestablecimiento de su salud.

Llegaron los consortes a Madrid, y na-
ció el niño que conocía mis lactotes con
el nombre de Perico y dueño del fusil.
Acrecieron los quebrantos con la escasez
de recursos y la tenaz y ya mortal
enfermedad de D. Dionisio del Amo, y a
tal extremo llegó el infortunio de esta
desgraciada familia, que no hubo más
remedio que solicitar para el doliente
una plaza en el Hospital Militar, a donde
acudió también la esposa, cuyo nombre
no ha llegado a mi noticia, acompañada
de sus cuatro hijos menores y el de pe-
cho llamado Perico, que a la sazón ali-
mentaba en su seno la pobre madre.

Sin hogar, sin muebles, desnudos, mo-
raban la esposa y sus hijos en el cuarto
del enfermo presencian o las angustias
del pobre capitán, cuya sentencia de
muerte estaba ya decretada reservada-
mente por los médicos a la desvalida en-
fermera.

Esta virtuosa mujer, viendo la escasez
de ropas que tenía su familia, y que las
de cama que suministraba al hospital,
no eran suficientes para las contadas
necesidades que exigía la calidad desada
de la enfermedad de su marido, hacia un
envolvitorio general con las ropas de su
marido, las suyas y las de sus hijos, y
aquella mujer, que habia lucido en Cuba
sus brillantes y sus pomposos trajes en
salones y conciertos, se aderezaba con
un pobre vestido de peral y un pañuelo
en la cabeza, y se encaminaba al río como
la más humilde lavandera y regresa-
ba por la noche al hospital para atender
a la limpieza de su esposo y al equipo de
sus desnudos hijos.

Así estuvo esta mártir dos meses y
medio soportando la desgracia, alimen-
tándose ella y sus hijos con los residuos
de los caldos y sopas que suministraban
al enfermo y algunos obsequios que ha-
cían los enfermeros y otras familias de
los enfermos. El marido que presenciaba
estas escenas desgarradoras, pedía a gritos
la muerte, rayando a veces en la de-
sesperacion. La mujer, siempre resignada
y piadosa, dulcificaba la exasperacion
del esposo con sus consuelos y dán-
dole ejemplos continuados de su cristia-
na resignacion.

Llegó al fin para el capitán del Amo la
hora fatal y espiró en los brazos de su
carifosa esposa en presencia del capellán
que le auxiliaba y de los cuatro pe-
queños que escuchaban arrodillados las
exhortaciones del sacerdote.

ha. Prestó sus servicios en la isla hasta
llegar al empleo de capitán, y hallando-
se en esta situación, conoció y requirió
de amor a una joven cubana hermosa
y con una buena fortuna, y con esta da-
ma contrajo matrimonio.

Sin embargo, los azares políticos y la
guerra, que brantaron el bi-nestar de este
matrimonio del cual nacieron cuatro
hijos. La enfermedad del capitán con-
traída en el servicio de las armas y el
clima, le obligó a pedir licencia para re-
gresar a la Península y buscar en ella el
reestablecimiento de su salud.

Llegaron los consortes a Madrid, y na-
ció el niño que conocía mis lactotes con
el nombre de Perico y dueño del fusil.
Acrecieron los quebrantos con la escasez
de recursos y la tenaz y ya mortal
enfermedad de D. Dionisio del Amo, y a
tal extremo llegó el infortunio de esta
desgraciada familia, que no hubo más
remedio que solicitar para el doliente
una plaza en el Hospital Militar, a donde
acudió también la esposa, cuyo nombre
no ha llegado a mi noticia, acompañada
de sus cuatro hijos menores y el de pe-
cho llamado Perico, que a la sazón ali-
mentaba en su seno la pobre madre.

Sin hogar, sin muebles, desnudos, mo-
raban la esposa y sus hijos en el cuarto
del enfermo presencian o las angustias
del pobre capitán, cuya sentencia de
muerte estaba ya decretada reservada-
mente por los médicos a la desvalida en-
fermera.

Esta virtuosa mujer, viendo la escasez
de ropas que tenía su familia, y que las
de cama que suministraba al hospital,
no eran suficientes para las contadas
necesidades que exigía la calidad desada
de la enfermedad de su marido, hacia un
envolvitorio general con las ropas de su
marido, las suyas y las de sus hijos, y
aquella mujer, que habia lucido en Cuba
sus brillantes y sus pomposos trajes en
salones y conciertos, se aderezaba con
un pobre vestido de peral y un pañuelo
en la cabeza, y se encaminaba al río como
la más humilde lavandera y regresa-
ba por la noche al hospital para atender
a la limpieza de su esposo y al equipo de
sus desnudos hijos.

Así estuvo esta mártir dos meses y
medio soportando la desgracia, alimen-
tándose ella y sus hijos con los residuos
de los caldos y sopas que suministraban
al enfermo y algunos obsequios que ha-
cían los enfermeros y otras familias de
los enfermos. El marido que presenciaba
estas escenas desgarradoras, pedía a gritos
la muerte, rayando a veces en la de-
sesperacion. La mujer, siempre resignada
y piadosa, dulcificaba la exasperacion
del esposo con sus consuelos y dán-
dole ejemplos continuados de su cristia-
na resignacion.

Llegó al fin para el capitán del Amo la
hora fatal y espiró en los brazos de su
carifosa esposa en presencia del capellán
que le auxiliaba y de los cuatro pe-
queños que escuchaban arrodillados las
exhortaciones del sacerdote.

ha. Prestó sus servicios en la isla hasta
llegar al empleo de capitán, y hallando-
se en esta situación, conoció y requirió
de amor a una joven cubana hermosa
y con una buena fortuna, y con esta da-
ma contrajo matrimonio.

Sin embargo, los azares políticos y la
guerra, que brantaron el bi-nestar de este
matrimonio del cual nacieron cuatro
hijos. La enfermedad del capitán con-
traída en el servicio de las armas y el
clima, le obligó a pedir licencia para re-
gresar a la Península y buscar en ella el
reestablecimiento de su salud.

Llegaron los consortes a Madrid, y na-
ció el niño que conocía mis lactotes con
el nombre de Perico y dueño del fusil.
Acrecieron los quebrantos con la escasez
de recursos y la tenaz y ya mortal
enfermedad de D. Dionisio del Amo, y a
tal extremo llegó el infortunio de esta
desgraciada familia, que no hubo más
remedio que solicitar para el doliente
una plaza en el Hospital Militar, a donde
acudió también la esposa, cuyo nombre
no ha llegado a mi noticia, acompañada
de sus cuatro hijos menores y el de pe-
cho llamado Perico, que a la sazón ali

spléndido se ha simulado el ataque del puerto por la armada.

Más de sesenta buques formaban la extensa línea de ataque dirigido con especialidad contra el fuerte de Saint Mandrier.

Han presenciado el acto los agregados militares de las embajadas de Alemania, Austria, España, Inglaterra y Portugal. Los cuales han hecho grandes elogios de nuestra flota.

El Cairo, 13.

En Medina (Arabia) se ha comprobado que tres individuos han fallecido del cólera.

Lisboa, 13.

El Sr. Navarro será nombrado ministro de Portugal en Paris.

Lisboa, 13.

Los Bancos del Norte han garantizado al Banco de Portugal con importantes valores de su activo el importe de los billetes que tienen en circulación.

Los billetes de 2300 reis han aliviado mucho la crisis monetaria. Las noticias recibidas hoy en Lisboa afirman que en todo el reino han sido recibidos sin dificultad dichos billetes.

En la imposibilidad de dar á conocer detalladamente el proyecto de ley de reclutamiento y reemplazo del ejército leído en el Congreso por el señor ministro de la Guerra, nos limitamos á hacer un pequeño extracto de sus principales bases:

Se proclama el principio del servicio militar obligatorio sobre la base de la instrucción militar obligatoria; se suprime la reducción á metálico para la Península, conservándose solo para el servicio ordinario de guarnición en Ultramar. Los mozos reducidos de este servicio quedan obligados á prestarlo en la Península.

Se da intervención al elemento militar en la formación del alistamiento y en la clasificación de los mozos. Las operaciones relativas al reclutamiento, que están hoy á cargo de las comisiones provinciales, serán de la competencia de comisiones mixtas.

La alegación de exenciones se podrá hacer en todo tiempo, en el momento en que favorezca al mozo.

La instrucción de los voluntarios de un año se realiza por virtud de la creación de batallones y escuadrones-escuelas, en los que se presentarán armados y equipados por su cuenta los mozos que mediante el pago de una cuota se comprometa á servir en filas para aspirar al diploma de alféreces de la reserva gratuita.

Para el ingreso en dichos batallones y escuadrones deberán los reclutas sufrir un examen en que acrediten ciertos conocimientos.

Durante ocho meses adquirirán instrucción militar en los batallones-escuelas, pasando luego á prestar servicio en los cuerpos armados y estableciendo cimientos militares como alféreces-alumnos.

Terminadas las prácticas recibirán el diploma de alféreces de la escala de reserva.

Se conceden aplazamientos para el ingreso en caja de los mozos alistados, mediante la concesión de prórrogas anuales, sujetándose á un impuesto proporcional, con arreglo á los medios de fortuna, á los mozos que invoquen perjuicios.

Se favorece el reclutamiento voluntario para Ultramar, con objeto de que sea lo menos posible el contingente forzoso.

Se establece que sólo servirán un año en filas, de tres que componen el servicio activo, los mozos que, al ingreso en caja presenten títulos de una carrera profesional terminada ó diploma de premios obtenidos en Exposiciones artísticas nacionales ó extranjeras.

Además, los mozos comprendidos en el párrafo anterior serán destinados con arreglo á sus aptitudes profesionales; así

es que los abogados irán de auxiliares á las auditorias y de secretarios de causas, los ingenieros á las comandancias de cuerpo, los ingenieros industriales á las fábricas y talleres del cuerpo de artillería, los peritos agrícolas á las rematas, etc.

Estas son, descritas á la ligera, las principales bases del proyecto.

La junta directiva de la cámara Agrícola matritense ha celebrado su junta reglamentaria, correspondiente al presente mes, y ha nombrado una comisión para que, durante el verano, estudie los aranceles aduaneros que aprueben definitivamente las Cámaras francesas, en sus relaciones con la producción rural española, á fin de que al reanudar en otoño las sesiones de Cortes, tenga criterio formado sobre el asunto. Á tal objeto invitará á las cámaras Agrícolas para que hagan análogo estudio, y sol citará la opinión de los directores de las estaciones nototécnicas españolas en Francia.

La función cuyo productos destinaba á un objeto benéfico ó de la empresa del teatro de Recoletos y que por causa del mal tiempo tuvo que suspenderse anoche en su segunda, tercera y cuarta función se efectuara esta noche con igual programa y por el mismo orden en las citadas secciones, siendo valerosos los billetes expendidos anoche.

No está fijado, decimos una vez más, el día de la suspensión de las sesiones de Cortes, aunque nosotros lo creamos muy próximo.

Pasado mañana saldrá de Madrid el ex-ministro de Gracia y Justicia, señor López Puigcerver con su familia.

El directorio del partido federal organico de Madrid se ha reunido y acordado reafirmar sus principios y sus procedimientos y celebrar una asamblea del partido, sin señalar fecha.

Para fijar ésta ha quedado autorizado el mencionado directorio, al cual se ha concedido un voto de gracias por los trabajos realizados y otro de confianza para sucesivos, encargándole además que dirija un mensaje á sus correligionarios de provincias y á los emigrados.

Se halla gravemente enferma la señora del conocido pintor escenógrafo señor Busato. Deseamos su pronto restablecimiento.

El Sr. Romero Robledo celebró ayer tarde una conferencia con el Sr. Pidal en la presidencia del Congreso.

Después celebró otra, aunque muy breve, con el ministro de la Gobernación, Sr. Silvela.

Ayer estuvieron en Palacio con objeto de ofrecer sus respetos á la regente, los generales Ochaño y Goyeneche.

Ha salido para San Sebastian el oficial de la inspección de los reales palacios, Sr. Arria, con objeto de activar los preparativos que se hacen en el palacio de Ayete para la instalación de SS. MM. y AA.

Ayer tarde celebraron una detenida conferencia de carácter literario los señores Cánovas del Castillo, Castelar y Martos.

Han salido para la Rioja D. Alejandro Grotzard, ex-ministro y ex-embajador en Roma, su respetable señora y sus hijas, para acompañar y mitigar con su presencia la gran tribulación de nuestro infortunado amigo D. Carlos Grotzard.

La prensa consagra especial interés á la cuestión del cambio de billetes.

El Día hace constar que en los principales comercios de Madrid no se ha pue-

to el anuncio contra los billetes ó no se cumple lo que el mismo indica, y añade:

«En cambio, los cartelitos se han prodigado mucho en las tiendas al por menor, en aquellas á que solo llega de tarde en tarde algun feligres á cambiar un billete de 25 pesetas. En varios puestos de a real y medio la pieza y en otros de pedriscos y c rillas, aparecieron desde bien temprano los consabidos cartelitos, que parecían una burla que hacían de sí mismos los modestos industriales, tan poco familiarizados con los Veraguas y sus hermanos menores.»

Sobre el mismo asunto dice El Resúmen:

«De la cuestión de los billetes ya decimos por separado lo que hay, consignando aquí solamente que la impresión general es que el acuerdo del Círculo no se cumplirá con unanimidad.

Es muy difícil que muchos se pongan del acuerdo en algo, y en eso de no tomar dinero la dificultad llega á lo imposible, así venga aquel en forma de billetes de Banco, con prórroga ó sin prórroga de privilegio.»

De Las Ocurrencias:

«La cuestión será transitoria; y mientras la abundancia de billetes no produzca la depreciación de los mismos, no hay razón para el acuerdo del comercio de Madrid, y de seguro que el Banco de España será el primer interesado en que esto no suceda.

El comercio de Madrid debiera adoptar temperamentos de prudencia en casos como el presente, porque el perjuicio que se irroga con su actitud es mayor para el público que para el Banco.»

El Correo, ratificándose en combatir la ley votada, añade:

«Hemos dicho hace bastantes días, y antes de que el Círculo de la Union Mercantil acordara la repartición de cartelitos, que no era posible imponer la confianza ó el recelo por medio de un acuerdo, porque tales sentimientos obedecen á leyes económicas superiores, y que en esto estriba el error del Círculo Mercantil.»

El día que en el mercado haya más billetes de los necesarios, se producirá el desequilibrio, cualesquiera que sean los acuerdos del Círculo Mercantil, y sean las que fueren las conveniencias del gobierno y las de los grandes accionistas del Banco de España.

Ahora el Banco verá lo que le traza su prudencia, porque fácilmente el día menos pensado, si no observa esta virtud, pueden surgir complicaciones deplorables.»

De La Iberia:

«Como en otro lugar decimos, hoy ha aparecido en algunas, muy pocas tiendas, de escasa importancia todas, el consabido cartelito anunciando que no se admiten billetes del Banco de España.»

Los grandes establecimientos no se han prestado á secundar esta determinación inexplicable.

No sabemos si de burlas ó de veras algunas vendidas al uso de verduras llevaban colgando del pecho ó en sus costas el cartelito en cuestión.

El público no se ha preocupado lo más mínimo de tales anuncios.

Se ha dicho que en el Banco se había formado cola de personas que iban á cambiar billetes; pero la noticia no tiene el menor fundamento, pues en aquel edificio no se ha advertido hoy en las cajas de cambio mayor afluencia de gente que en los días anteriores.»

Los daños sin seguro causados por el fuego de la Ribera de Curtidores ascienden á 464835 pesetas, y los damnificados son 122.

A los que perdieron de una peseta á 50 se los entregó, en la visita hecha por el gobernador de la provincia, el total de la pérdida; á los que perdieron de 51 á 200 pesetas, el 50 por 100; á los de 201 á

500, el 33 por 100; á los de 301 á 1000, el 25; de 1001 á 3000, el 20, y de 3001 á 5000, el 10.

Esta ha sido la base del primer reparto, que ha ascendido á cerca de 7000 pesetas.

El cardenal Rampolla, secretario de Estado de su Santidad, y que tantas simpatías dejó en Madrid durante el período de su nunciatura, ha sufrido el dolor de perder á su señora madre, la condesa Rampolla del Tindaro.

Ayer, á la caída de la tarde, estaban jugando tranquilamente á las cartas en la Casa de Campo dos jóvenes llamados Eugenio Meras y Francisco García Pedraza.

Al poco rato llegó al sitio donde estaban los jugadores Guillermo Hernandez Aparicio, guarda de la Casa de Campo, el que después de dejar su escopeta en la caseta que allí cerca había, se aproximó á los jugadores para ver de cerca la partida.

De pronto se suscitó una cuestión motivada por una ugala entre el Eugenio y el Francisco. El primero se armó de un palo y trató de agredir al segundo, lo cual visto por el guarda trató de impedirlo, pero el Francisco corrió á la caseta y cogiendo la escopeta que poco antes había dejado el guarda, la disparó sobre el Eugenio, hirándole gravemente en la boca, y á Guillermo en el pecho; la escopeta estaba cargada con perdigones.

Los heridos fueron llevados á la casa de socorro del distrito de Palacio, pasando después en grave estado al hospital de la Princesa.

El agresor se dio á la fuga, pero fue detenido por la pareja de la guardia civil del puesto de Rodajos, y entregado al juez de guardia.

Las promesas que al llegar al ministerio de la Guerra hizo al ejército el general Sr. Azárraga no han consistido, como tantas veces, en palabras, discursos y artículos de periódico.

El actual ministro de la Guerra aceptó la cartera de aquel departamento para dotar á los jefes, oficiales y clases de tropa de los beneficios que con tanto estruendo se les venía prometiendo, sin que vieran llegar el día de que aquellas justas promesas se realizasen.

Jamás hizo alarde el Sr. Azárraga de reformador del ejército, y ha venido á ser el ministro de la Guerra que ha llevado á feliz término las reformas verdaderas que la familia militar anhela.

Por eso anoche en los círculos militares, en los cafés, en la calle, en cualquier parte donde jefes ó oficiales del ejército se encontraban, las palabras que se dirigían eran todas de elogio para el ministro que ha logrado ver sancionadas, después de asiduo trabajo, eyes como la ley de aumento de sueldos y montepío militar.

El aplauso que el ejército español tributa hoy al general Azárraga es el más unánime, el más sincero y el más entusiasta que ha llegado al palacio de Buenavista.

Anoche ocurrieron tres sucesos desagraciados en el distrito de la Latina.

A las nueve, un sargento del regimiento infantería de Cuenca, que pasaba por la calle de la Palma, encontró á un hombre tendido en el suelo. Intentó levantarlo, pero al tratar de realizar su intento, vio que tenía una herida en el pecho y que era cadáver.

Inmediatamente se avisó á la delegación del distrito y al juzgado de guardia, presentándose á los pocos minutos el delegado Sr. Amaral y más tarde el juez, los cuales empezaron á instruir las primeras diligencias, ordenando la traslación del cadáver al depósito.

A la hora de cerrar esta edición se ignora quien pueda ser el autor del crimen.

—En la plaza de la Cebada promovieron una reyerta á las diez de la noche Julian Alvaro, de 21 años, y Gerónimo Lopez, de 60. Causados de discutir seccion los correspondientes navajas, y Lopez dió una puñalada al Alvaro.

El agresor fue detenido y el herido curado de primera intención en la casa de socorro, pasando después al hospital en estado grave.

—En la Cuesta de los Ciegos, un individuo tuvo la desgracia de caer al suelo, produciéndose una herida grave en la cabeza.

Anoche á las nueve y media se inició en Madrid una tormenta con huracanado viento, que hizo á la gente desalojar precipitadamente cafés, paseos y teatros.

A las diez eran intensos los truenos y relámpagos, y una chispa eléctrica cayó en un almacén de aguardientes establecido en la travesía del Rastro, núm. 2, produciendo un ligero incendio, que fué sofocado en seguida, sin que hubiera que lamentar desgracia alguna personal.

Pocos momentos después llovía copiosamente, y á pesar del aguacero seguía siendo el calor tan sofocante como lo fué todo el día.

Anoche salió para Paris el general Lopez Dominguez.

Hoy pasará la sesión del Congreso en las interelaciones anunciadas.

La enmienda defendida por el Sr. Monares al proyecto de ley del montepío militar es la misma que hubiese defendido el Sr. Gamazo, de no encontrarse ausente.

El Sr. Romero Robledo interviendrá esta tarde en la interelacion sobre asuntos de Marina, del Sr. Mareno.

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA ha recibido de su servicio propio durante la noche, los siguientes TELEGRAMAS:

(NACIONALES)

Barcelona, 13 (3:20 t.).

En las elecciones municipales celebradas en Sans han triunfado los republicanos sin incidente alguno. En las parcelas de San Andrés de Palomar hubo tumulto, rompióse la urna é intervino la guardia civil, impidiendo que aumentase el desorden.

La noticia de haber sido sancionada la ley de aumento de la circulación fiducia-ria no ha motivado incidente alguno en el comercio, y los particulares se optan los billetes como de costumbre. Nuestra suena está bien provista de metálico.

En Tarrasa ha intentado enojarse el acaudalado comerciante Sr. Sala, que quedó en muy grave estado.—Figueroa, Castellon, 13 (3 t.).

Ha sido muerto de una puñalada, en rina con José Torreus, el vecino de esta José Castellis.

El hecho ocurrió esta madrugada.—El correo postal.

A LAS CUATRO DE LA TARDE.

La Agencia Fabra nos comunica los siguientes DESPACHOS TELEGRÁFICOS:

Paris, 14.

La ciudad ha aparecido empavosada con motivo de la fiesta nacional.

Las tropas se esn preparando para la gran revista de esta tarde.

Burdeos, 14.

Los empleados del servicio de alcantarillas de la ciudad han nombrado una comisión compuesta de 25 individuos para que gestione nuevamente cerca del alcalde la concesión del aumento de jornales y disminución de horas de trabajo.

En caso de no ser atendidas sus peticiones, amenazan con declararse en huelga.

En efecto; el corazón de la pobre joven se enojaba y sus ojos estaban húmedos y brillantes.

Colette la preguntó con dulzura:

—¿De modo que estás completamente decidida?

—Sí.

—¿Vas á enviar esa carta?

—Al instante.

—Y si yo se lo digo todo?

Juana puso la mano sobre los labios de su hermana.

—Cuádate bien de hacerlo—la dijo.—Si Andrés me ama realmente, esa pasión de que me habla no se extinguirá tan pronto. Con el tiempo, lo que hará será aumentar. Si entonces vuelve á mí, veremos. ¡Si ese amor ha de morir por sí solo, que muera... No merecerá entonces que yo lo sienta.

XIV Dolores ocultos

El capitán Nazario Perros no era un genio. Los genios son raros.

Pero el capitán Perros no era tampoco un tonto.

Las dudas de la señorita de Roye respecto á Cirilo Triquet le habían dado en qué pensar.

Había comprendido, y muy pronto, que el fiel servidor de quien él respondía como de sí mismo, había jugado un papel bastante oscuro en sus asuntos.

Hombrde de imaginación, después de haber pensado el pro y el contra, había deducido de sus meditaciones esta conclusión: que Triquet le había vendido miserablemente.

Sin embargo, hacia dieciocho años que no se separaba de él.

El capitán Perros era bondadoso por naturaleza y compasivo por las debilidades humanas.

Triquet, obligado á hablar, lo había confesado todo, y debía su absolución á la entera declaración de sus faltas.

En el fondo había pecado por ignorancia.

El capitán le culpaba, pues, y cubría al pobre Triquet con su protección y silencio, á pesar de las desgracias que había causado.

Con un adversario del temple de Santiago de Brandes pensaba, no sin alguna razón, que no era fácil evitarlas, y que si estos desgracias no hubieran ocurrido de aquella manera, hubieran ocurrido de otra.

Santiago de Brandes no había tenido necesidad de decirlo más.

Además, arrastrada por el mundano torbellino, en que se lanzaba cada vez con más ímpetu, apenas tenía tiempo de pensar en odios secretos, modificados por el tiempo, y que nuevas pasiones ó nuevos caprichos borraban.

Triquet suponía que no se trataba más que de rivalidad de intereses y de amor entre Santiago de Brandes, á quien quería servir, y los Beaulieu, á quienes había profesado un odio antiguo y casi legítimo.

El capitán comprendía, pues, el móvil que le había impulsado, y le conservaba á su servicio, con la idea de sacar de él el mejor partido posible en el momento oportuno.

Además, estaba interesado por el pobre muchacho, que redoblaba su celo para con él.

Fuera de este estrecho círculo de confidentes, Germana reservaba sus dolores.

Por todas partes, en sus viajes, y sobre todo, desde su vuelta á Paris, afectaba mostrar frente serena, y su fisonomía no manifestaba la menor emoción.

En su casa, cuando se encerraba en su habitación, la máscara caía y entonces era presa de desalientos y de tristezas en las cuales la mujer y la madre mostraban toda su debilidad.

El capitán Perros la sostenía potentemente, y tal vez era el único que conservaba una esperanza.

Después de la tentativa de Germana, en la calle Jacob, Perros se había dedicado á las más activas averiguaciones para satisfacer el deseo de aquella, quien consideraba como su ama, y á la cual profesaba un cariño sin límites.

Como hubiera podido vivir al lado de aquella criatura, tan buena, tan generosa, tan dulce en el fondo, á pesar de la arrogancia de su aspecto, sin quererla y apasionarse por ella?

No era cariño el que el Breton profesaba al general, y sobre todo á su sobrina, era un verdadero culto.

En pocos meses acababa de remover cielo y tierra. Había puesto en movimiento los mejores agentes de policía, pero como descubrir una niña cuyo pais y nombre se ignoraban y de cuya fisonomía no se poseía ningún indicio?

Habría sido preciso un milagro para llevar á cabo una empresa tan ardua.

Así es que el capitán, desde hacia algun tiempo, trataba de trazar otro plan.

Se repetía á cada instante que aquel secreto que se quería descubrir, estaba en poder de Santiago de Brandes, y que puesto que no se podía conocer por buenas, ni comprarlo á peso de oro, era preciso resolverse á arrancárselo.

Verdad es que en esto se encontraba en presencia de dificultades que no eran fáciles de superar.

Santiago de Brandes debía haber tomado sus precauciones. Además, no se podía negar, ni su astucia ni su valor. Por último, su obstinación estaba fuera de duda.

Pero el capitán Perros se obstinaba en conseguirlo.

¿Cómo?

Con un adversario del temple de Santiago no había muchos medios

El capitán lo buscaba pensando que con dinero y firme voluntad nada hay imposible.

Entre tanto alentaba á Germana, con una confianza que el mismo no tenía.

«No hace más que tres meses á penas que hemos empezado la obra, la decía. ¡Paciencia! ¡Casi todas las mañanas montaba á caballo Germana é iba dar un paseo al Bosque de Bolonia seguida de un criado.

Allí encontraba á sus amigos; la condesa de Fresnense y su marido que iban con frecuencia á buscarla, la marquesa de Bresse, escoltada siempre por un grupo de adoradores, y algunas veces al vizconde de Beaulieu.

El desgraciado iba á todas partes donde había probabilidad de encontrar á Germana.

Germana por su parte no esquivaba el encontrarse con él.

No dejaba de causar admiración, á los que estaban al corriente de las historias mundanas al ver aquellos dos esposos (que no habían estado jamás unidos y que una sangrienta catástrofe había separado, en el momento que iban á pertenecerse) hablarse como amigos en aquel magnífico paseo, mientras que sus caballos alargaban el cuello para fraternizar.

Roberto de Beaulieu revivía desde la vuelta de Germana.

—¿Os veo cerca de mí, la decía, y esto es ya una dicha! Roberto no conocía la misión que tenía que cumplir Germana, y de la cual le había hablado.

Ella no le revelaba su secreto.

Pero desde hacia muchos años la defendía contra su propia razón.

¿Su conducta des ó hacía diez y ocho años, no era una prueba evidente de su inocencia? Por su parte, Germana le hablaba con dulzura, pero evitando toda alusión al pasado.

Si Roberto trataba de hablarla de su amor, ella le retenía con un gesto.

—No hemos aprendido á sufrir vos y yo?—le decía un día.—Pues bien, suframos con valor.

En el fondo de su alma estaba conmovida por la creciente pasión que sentía por aquel desgraciado, cuyo amor no podía negar.

Germana le compadecía, y en realidad, qué podía censurarle? ¡No había sido engañado, por mucha que fue á su fe, por apariencias que se le mostraban tan culpables! ¡No era el segundo víctima del crimen de Santiago de Brandes!

En los primeros días de julio, después de pasar algunos días en el castillo de Roye, en Sena y Marne, se decidió, á instancias del capitán Perros, á partir para los Essarts.

Cuando dió esta noticia al vizconde de Beaulieu, al encontrarle en el Bosque, este tuvo un momento de ansiedad.

En los Essarts estaría cerca de Santiago de Brandes.

—Ya veis—le dijo Germana con amargura al notarlo,—que el mal es irreparable, y que es preciso que vivamos separados!

—¡Separados!

Roberto se puso pálido como un sudario y vaciló sobre su caballo.

La señorita de Roye se vio obligada á tenderle la mano para sostenerle.

—¡Vino—le dijo.—Yo tengo mucho aunque

soy mujer y mis dolores son mayores que los vuestros.

La mano del vizconde abrasaba.

—¿Qué teméis en los Essarts?—repuso Germana.—¿Los recuerdos? Creedme, amigo mio, cuando pienso en los días en que habitabamos allí, uno solo es el que me conmueve...

—¿Y est...?—

—El de nuestra amistad de otros tiempos.

—¿Y nuestro amor?—preguntó Roberto.

—Tengo un sagrado deber que cumplir. Todos los días me ocupo de esa misión y todos los días sufro una nueva decepción. ¡Ya no tengo corazón, ó más bien, mi corazón no es más que una llaga que oculto por orgullo; ¡No es amor lo que debéis sentir por mí, Roberto, debe ser compasión! Siento vuestro mal, me hace sufrir tanto como el mio. Vuestra paciencia, vuestra dulzura para conmigo, me han conmovido profundamente...

—¿Germana!

—Venid á los Essarts, á aquellos lugares en donde hemos paseado tantas veces, cogidos de la mano durante nuestra feliz juventud, venid! Tal vez tenga fuerza para decirlo todo. ¡Y entonces sabreis quién de los dos ha sufrido más! ¡Lejos de vos, casi os aborrecía...

—¿Y ahora?

—Ahora, Roberto, no siento más que compasión por vos y por mí, y maldigo á la fatalidad que nos ha separado.

—¿Ahí—exclamó Roberto transportado de alegría.—¿Qué es preciso para reunimos?... ¿Qué hay aun entre nosotros? ¡Decidme lo, Germana, y os juro que superaré todos los obstáculos!—

— Vos no podeis nada contra ellos. ¡P. No Dios tendrá tal vez compasión de mí, y entonces... Roberto la miraba con ojos que brillaban por la fiebre.

—Entonces—prosiguió Germana con temblorosa voz,—entonces seré tan feliz, tan feliz, que no querré ver más dolores á mi alrededor, y os diré á vos tambien:

—¡Concluid!

—Esta palabra tan dulce... ¡Esperad!

—¡Ahí! ¡Sois un ángel!—dijo Roberto.—¡Cuánto

ALMANAQUE

ANTOS DEL DIA 15 DE JULIO... San Enrique, emperador, y San Camilo de Lellis, fundador.

CULTOS PARA EL DIA 15

Se gana el jubileo de Cuarenta Horas en San Ginés, y continúa el novenario de la Virgen del Carmen...

ENFERMEDADES MEDULARES

HISTORIA DEL GUARDABOSQUE

Pocos hay en Inglaterra que sean naturalmente tan fuertes y salubres como James Braddock...

Dijo:— Puede que usted haya oído hablar de mi enfermedad, y en este caso no viene a nada volverla a contar.

—Bien—dijo James,—pues se la contaré. La he contado muchas veces y siempre ha servido de beneficio a alguien...

Poco después empecé a sentirme farto de aliento y tenía que sentarme a descansar, mientras que otras veces podía andar todo el día sin cansarme...

Después del estómago se me puso peor y tenía que volver a sentir que me ahogaba, pues si esto pasaba, creía que me moría...

Si el lector se dirige a los Sres. A. J. White, Limitado, de 185, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias.—Precio del frasco, 14 reales: frasquito, 8 reales.

COMERCIANTE DE PROVINCIAS... Venta jugate en cromos con 6 cartuchos...

CEDE BONITO GABINETE... 3000 Duros al 6 sobre línea...

VINO DE PEPTONA Pepsica... La Peptona es el resultado de la digestión de la carne de vaca...

La Peptona es el resultado de la digestión de la carne de vaca, digerida por la pepsina como por el estómago...

—¡Hola, muchachos!—gritó el tío Vincart—¿estáis desta la cenaz...? Trabajo refuerzo...

—¡Buena noche!—dijo a Norina con tono de mal humor.—Tened un poco de paciencia...

—¡Buena noche, Norina!—dijo a su vez, con melosa entonación, el Champañés...

—Este es Claudio Pinson, el aprendiz de que te he hablado...

—¡Tened mucho cuidado!—murmuró al día siguiente Norina...

—¡No puedo ver ya a ese hombre; le detesto!—contestó Gordal.

—No importa; es preciso presentarle buena cara...

—No importa; es preciso presentarle buena cara...

—No importa; es preciso presentarle buena cara...

—No importa; es preciso presentarle buena cara...

—No importa; es preciso presentarle buena cara...

—No importa; es preciso presentarle buena cara...

—No importa; es preciso presentarle buena cara...

—No importa; es preciso presentarle buena cara...

—No importa; es preciso presentarle buena cara...

—No importa; es preciso presentarle buena cara...

JEROGLIFICO.



SOLUCION DEL ANTERIOR.

Las líneas férreas y los canales de riego son fuentes de riqueza para un país.

Yerrieras (barrio de las Penuelas) han tenido abrigo, ama y sapa en la noche del día 13 de julio...

AYUNTAMIENTO DE MADRID... Pago de intereses.

Los portadores de carpetas representativas del cupón 59, señaladas con los números 23 al 33...

En Santa Cruz (Carmen Calzado) comenzará el día 15 la novena a la Virgen carnalita.

Todos los días a las diez de la mañana habrá misa cantada con cánticos...

En Santa Teresa y Santa Isabel prosigue la novena a la Virgen del Carmen...

ESTADO ATMOSFERICO... La temperatura máxima del día 13 en el Observatorio de Madrid...

ECHADORA DE CARTAS... Madame Léon de Thon, calle Narrixa, 15, San Sebastián...

A LAS SEÑORAS FOLVOS DE ROSA BLANCA... El polvo más fino, más adherente y más refrescante...

ES EL MEJOR ALIMENTO PARA NIÑOS Y TAMBIEN EL MAS ECONOMICO

DEPOSITO: MAYOR, 23

Entre tanto en partir astillas, mirando de reojo a la muchacha...

—¡Ahí jeres la mala pieza del Champañés!

—¡Hola, muchachos!—gritó el tío Vincart—¿estáis desta la cenaz...? Trabajo refuerzo...

—¡Buena noche!—dijo a Norina con tono de mal humor.—Tened un poco de paciencia...

—¡Buena noche, Norina!—dijo a su vez, con melosa entonación, el Champañés...

—Este es Claudio Pinson, el aprendiz de que te he hablado...

—¡Tened mucho cuidado!—murmuró al día siguiente Norina...

—¡No puedo ver ya a ese hombre; le detesto!—contestó Gordal.

—No importa; es preciso presentarle buena cara...

—No importa; es preciso presentarle buena cara...

—No importa; es preciso presentarle buena cara...

—No importa; es preciso presentarle buena cara...

—No importa; es preciso presentarle buena cara...

—No importa; es preciso presentarle buena cara...

—No importa; es preciso presentarle buena cara...

—No importa; es preciso presentarle buena cara...

—No importa; es preciso presentarle buena cara...

GRAN CASINO DE SAN SEBASTIAN

TEMPORADA DE 1891 ABIERTO DESDE EL 1.º DE JULIO

Orquesta y sexteto dirigido por los maestros Breton y Goz

Conciertos y bailes diarios. Fiestas extraordinarias en el interior del edificio...

Perdida.—UNA PULSERA DE oro con monedas, por calles San Miguel, Hortaleza...

DUENOS GABINETES INDEPENDIENTES, Tudescos, 23, 2.

ULTIMOS DIAS DE LIQUIDACION. Grandes rebajas. Solo por este mes...

PROPIETARIOS. Al 5 y 6 por 100 anual, dinero para hipotecas...

COCHERA DE LUJO. Se alquila una con cinco plazas, construida al efecto...

TRASPARENTES. de buena tela, gran surtido y muy baratos...

ALCANCES DE CUBA. J. Aguillo, San Vicente, 76

ALMONEDA. por adelantado, de todos los muebles de casa...

SE VENDE TRONCO JACAS. Castañas de 5 años, amaeztradas al tiro...

DUAGNET, motores, LANDEAUX, Duagnet familiares...

ALMONEDA URGENTE. Jaometruzo, 44, 2.ª derecha.

BOTICA EN MADRID. En buen sitio y buen despacho...

OCASION.—CACORROS DE Caza de pura raza se venden...

LA MA DE CRIA PARA CASA DE A los padres, recién llegada...

EL SEÑOR D. JUAN ANTONIO MORINIGO Y BLE, jefe de negociado...

Sus desconsolados hijos, hijos políticos, hermanos, nietos, sobrinos...

EL SEÑOR D. JUAN ALVAREZ DE LORENZANA VIZCONDE DE BARRANTES

que falleció el día 15 de julio de 1893

Y las que se celebren el día 16 en dichas iglesias serán aplicadas por el alma de la señora

DOÑA ADELA HUMBERT Y CHAXEL que falleció el día 10 de julio de 1895...

LA EXCMA. SRA. D.ª Adela Antoiné y Humbert, vizcondesa viuda de Barrantes...

Ruegan a sus parientes y amigos les encomienden a Dios.

con la herramienta, el Champañés llamaba al tío Vincart...

—¡Torpe!—exclamó el tío Vincart.—Es esa la manera que tienes de tratar mis cacharros!

—¡Ya veremos!—dijo sonriendo el Champañés—si es más diestro con una herramienta en la mano...

—No puedo ver ya a ese hombre; le detesto!—contestó Gordal.

—No importa; es preciso presentarle buena cara...

ANDRÉ THEURIET.

GURDAL

—Si me mirabais con tan buenos ojos, me gustaba permanecer sin moverme...

—¡El Champañés!

—¡Sí, el obrero de mi padre... Lo tengo siempre tras de mí, pisándome los talones...

—¿Vendrá pronto?

—Creo que sí; al menos no ha ido más que por quince días a su país...

—Escucha, Claudio—continuó Norina—onando esté de vuelta, será preciso que desconfíes de él...

—¿Por qué—exclamó bruscoamente Gordal—no somos los dos solos a trabajar en el taller?

—En aquel momento se oyeron, aunque algo lejanas y en dirección a la entrada de la certadura...

—¡Ahí viene mi padre—dijo Norina levantándose—pero me parece que no le vamos solo...

En efecto, el tío Vincart llegaba acompañado de un mozo...

Uno de los muchachos que trabajaban en la nueva prisión se ha fugado, y esto hace que ande allí todo rastreado...

Entre tanto en partir astillas, mirando de reojo a la muchacha...

—¡Ahí jeres la mala pieza del Champañés!

—¡Hola, muchachos!—gritó el tío Vincart—¿estáis desta la cenaz...? Trabajo refuerzo...

—¡Buena noche!—dijo a Norina con tono de mal humor.—Tened un poco de paciencia...

—¡Buena noche, Norina!—dijo a su vez, con melosa entonación, el Champañés...

—Este es Claudio Pinson, el aprendiz de que te he hablado...

—¡Tened mucho cuidado!—murmuró al día siguiente Norina...

—¡No puedo ver ya a ese hombre; le detesto!—contestó Gordal.

—No importa; es preciso presentarle buena cara...

—No importa; es preciso presentarle buena cara...

—No importa; es preciso presentarle buena cara...

—No importa; es preciso presentarle buena cara...

—No importa; es preciso presentarle buena cara...